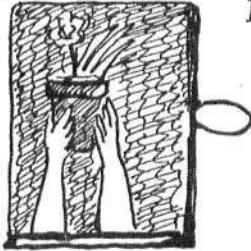
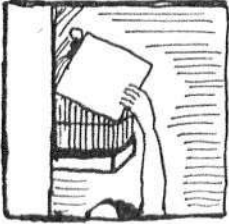
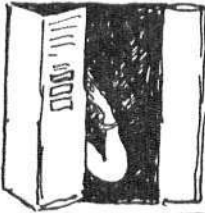


Sorpresa de las ventanas

Por Ramón Gómez de la Serna



En cuanto llega el calor vuelve a aparecer el interés por las ventanas. Durante el invierno ha habido solo cristales, ventanas cicatrizadas, ojos turbios de las casas. En la fatalidad estival sale a la ventana, para quitarse pelos del entrecejo, la morenita que empalideció en el invierno. Aun no sabe que la miran, que se la ve, que el mismo espejito que maneja con su mano izquierda pone una nota de luz escandalosa sobre el marco de la ventana.

Francia son ventanas y ventanas abriéndose como libros de las ciudades, ventanas herméticas que tienen pocas horas de estar abiertas. ¡Pueblos enteros sin una nariz en una ventana!

España es más bien pueblo de balcones en que las ventanas son como equivocaciones del arquitecto, como balcones que le salieron mal o que no le acabaron de salir mal ni bien.

En Buenos Aires es donde existen los balcones más historiados, más ricos de arquitectura del mundo, balcones a veces tan recargados que da miedo pasar bajo ellos y el dueño no se atrevió nunca a asomarse.

Pero también en Buenos Aires hay una profusión de ventanas vivas, con poca catalepsia invernal, casi siempre expansivas, abiertas, revelando goce interior.

El buen día aquí es usual. Amanece con un sol que quiere entrar en las casas y ver su luz en los espejos.

La mujer más tempranera abre las ventanas inaugurando el día, dando espolique al día que comienza. Generalmente es la malhumorada, la que no hubiera querido despertar aún. ¡Qué golpe da la contraventana contra la pared!

Hay ya un momento en la mañana desayunada y con los dorados limpios en que las ventanas comienzan a despabilarse y los pañuelos de limpiar el polvo dicen adiós al ciudadano oficinista.

Estando atento a este abrirse de las ventanas se puede adivinar de cuál brota el humillo azul de la felicidad, de cuál el vaho gris del ir viviendo, de cuál el aire rutilante de haber tenido fiestas, de cuál el de cuáles y cuáles otros muchos éteres que se adivinan.

Entre las ventanas que se abren está la que obedece tan instantáneamente a las manos de la que no quiere que nadie la vea, que por más que se esté vigilante sólo se ve la exhalación de la mujer que sale y se mete.

La "empapelada" es esa que aparece llena de pedacitos de papel con los que prepara sus rulitos para todo el día.

Hay brazos que parecen alas que dan un aleteo y quisieran volar fuera de la jaula casera, brazos que son como aves anilladas en las que brilla la sortija y tintinea la pulsera.

La mujer ventiladora es la más expedita en abrir ventanas. ¡Dios nos libre de una mujer ventiladora!

Yo conocí una. No tenía al parecer ningún defecto y hasta se podría correr uno y decir que era encantadora.

Visitándola en casa de sus padres no se notaba su manía, pero cuando pudo mandar en las fallebas fué atroz. Por ella no había día de mucho frío y en cuanto podía abría de par en par toda la casa.

—¡Esto no está bien ventilado! — decía y producía la corriente fatal que hace que doña Pulmonía se pasee por los pasillos.

Hasta cuando llegaba a una casa ajena la ventiladora pedía permiso y abría un par de balcones.

Menos mal si hubiese vivido en Buenos Aires donde hay nueve meses de buen tiempo y tres de mediano. ¡Pero era en Madrid y frente al Guadarrama, esa enorme estatua de nieve que vive y sopla!

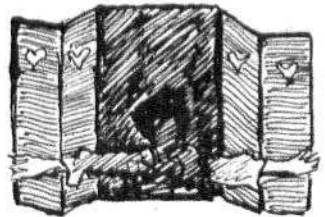
Aquí es casi siempre optimista ver abrir las persianas de hierro y los cristales, pues se establece entre la vida de fuera y la de dentro una ecuación de felicidad que conmueve al mirón.

A veces se ven entrar mariposas en las habitaciones y otras veces diríamos que salen del interior mismo de las casas, y no porque hayan entrado — lo cual no tendría gracia — sino porque había mariposas nativas en esa casa, y al comunicarse el buen tiempo de fuera, al abrir la ventana, han escapado buscando mayores horizontes.

—No se ofenda usted señorita por eso. ¡Es tan natural!

El ritmo y la vibración de las ventanas, la avidez de la apertura de los interiores, su esperanza llena de aliento, dan una nota de simpatía a la ciudad, la hacen más cordial, más hospitalaria y más amistosa.

—¡Una! ¡Dos! ¡Tres! ¡Abranse todas las ventanas porque ya están aquí los días hermosos, y viene olor a jardín de los lejanos países!



Ilustraciones del escritor.

Ramón Gómez de la Serna